

El óbolo de Caronte

La llegada de la señora Balfé al hotel Caronte no había sido una casualidad. Su pequeña travesía desde Edimburgo había transcurrido por los verdes parajes de las *highlands* hasta llegar a Dunkeld, a escasa media hora de Pitlochry, en la región escocesa de Perthshire.

El hotel, una construcción faraónica de finales del siglo XVIII, se encontraba inmerso dentro del bosque *The Hermitage* y era, a ciencia cierta, un lugar de recreación y aislamiento. Un rincón de paz y tranquilidad alejado del mundanal ruido, con un decorado natural que combinaba algunas de las más exóticas especies naturales habidas por la zona con caminos y vistas portentosas. Lo que se podría denominar “un remanso de paz”.

Pabellón de caza de los duques de Atholl en su origen, el hotel había experimentado numerosos cambios y reformas con el devenir de los años y los acontecimientos. Durante todo ese tiempo las habladorías del hotel no habían cesado. Su aislamiento del pueblo y zonas urbanas más próximas lo habían convertido casi en una reliquia. Pero allí se erigía, majestuoso y clásico al mismo tiempo.

La señora Balfé tenía claros los motivos que le habían llevado hasta allí. O al menos era lo que ella pensaba. 37 años. Fotógrafa de profesión. Había enviudado hacía dos años después de que su marido perdiera la vida en un accidente de tráfico no muy lejos de la zona. La investigación, pasado todo este tiempo, había esclarecido una salida de la carretera por circular a alta velocidad. No hubo más detalles. Ni ella los quiso.

La entrada a *The Hermitage* bifurcaba los caminos entre aquellos que querían deleitarse con algunas sendas naturales o rutas de distinta dificultad y caminos alternativos que podían llevar a los viandantes o turistas hasta *Loch of the Lowes*, una reserva natural situada a poco más de seis kilómetros del parque.

Los huéspedes del hotel, por su parte, tomaban un camino perfectamente señalizado y habilitado para pequeños vehículos motorizados aunque desde el inicio del camino la señalética indicaba que este era un lugar de paz y desconexión.

Pseudónimo: Fèidh

La luz del día se escabullía entre el follaje de abetos, imponentes cedros y otras especies que abrían paso a una pequeña carretera asfaltada como último bastión de la civilización.

–Buenos días, señora –le saludó un joven mozo a la señora Balfé. Ella se limitó a escudriñarlo de arriba abajo sin tan siquiera quitarse las gafas de sol y le cedió las maletas que llevaba consigo. El concepto clásico de conversación no se dio en este primer contacto.

El recorrido no superaba los cinco minutos y durante este tiempo el cliente podía empezar a empatizar con el paisaje y conectar todo su ser con aquel remanso de paz. No era el caso de la viuda Balfé. Ella parecía estar más absorta en la pantalla de su teléfono móvil mientras repiqueteaba sin cesar en una conversación de Whatsapp. Hasta que el coche se detuvo. Fue entonces cuando levantó la vista y con un ligero movimiento miró la entrada del hotel.

Una escalera de mármol blanco con doble vertiente se abría paso hasta confluír en la antesala del hotel. A su alrededor conjuntos de azaleas, cipreses bien cuidados y buganvillas que se habían adueñado de algunas paredes y superficies verticales dotaban a toda la zona central de vistosos colores lilas, morados y amarillos. La imponente fachada bellamente labrada alternaba con amplios ventanales blancos que dejaban entrever algunas estancias interiores. El último detalle del que se percató fue el icono del hotel: la silueta de un pequeño gato negro con dos pintitas amarillas a modo de ojos.

El joven mozo se había desentendido de su clienta para subir el equipaje por una escalera secundaria dejándola sola a la entrada del edificio. Con paso decidido abordó el umbral de la puerta y rápidamente se dio cuenta que la majestuosidad externa del hotel se había quedado en eso, en una vana ilusión. Bien era cierto que los espacios que pudo percibir con un primer barrido habían sido testigos de mejores tiempos antaño y actualmente esas viejas glorias se condensaban en lámparas de araña, algunos cuadros de principios del siglo XX o mobiliarios recargados que ocupaban más espacio que otra cosa.

Pseudónimo: Fèidh

–Buenos días. Tengo una reserva –fueron las palabras que salieron de su boca nada más llegar al mostrador de recepción.

Una mesa amplia pero desgastada y con múltiples papeles desperdigados sin orden ni concierto, alguna que otra pluma, un libro de grandes dimensiones y un pequeño timbre plateado completaban la instantánea. El hombre que se encontraba al otro lado del mostrador estaba de espaldas colocando algunos documentos y reubicando llaves en un pequeño cajetín de madera carcomida por visitantes diminutos.

Al volverse, la viuda Balfe tuvo que controlar un pequeño espasmo involuntario al percatarse de que al recepcionista tenía un ojo blanco.

–Buenos días, señora –respondió. ¿En qué puedo ayudarle?

–Tenía hecha una reserva. Balfe, por favor –no se extendió en dar más explicaciones.

El hombre, a pesar de contar con una edad avanzada, se movió ágilmente hacia el gran libro que presidía la mesa. Lo abrió en lo que parecía un orden alfabético un tanto caótico y con su huesudo dedo índice fue escudriñando la información que allí aparecía. Iba perfectamente trajeado y la combinación negra y blanca no se salía de los convencionalismos tradicionales. Una pequeña tarjeta identificativa en la parte derecha de la chaqueta le chivó el nombre de aquel hombre: Harold W. Por su parte, en el ojal izquierdo volvía a aparecer el mismo símbolo que ya había visto a la entrada: un pequeño felino con dos puntitos amarillos.

–¡Oh, aquí está! Señora Balfe –el grito de júbilo de Harold sacó de su ensimismamiento a la nueva inquilina que solamente pudo resoplar por lo bajo.

Acto seguido, y sin mediar ninguna palabra más, se dispuso a arreglar todos los papeles, información y demás requisitos para formalizar el *check in*.

–Bien... Aquí tengo una reserva para una habitación doble con cama de matrimonio ¿no es así? –preguntó el hombre esbozando una tierna sonrisa en su rostro.

Pseudónimo: Fèidh

–Así es –respondió ella secamente.

–Necesitaré los documentos de identificación suyo y de su marido así como el número de cuenta bancaria –comentó mientras extendía a la viuda Balfé un documento impreso listo para rellenar y dejarlo todo zanjado.

–Mi marido no viene conmigo. Trabaja fuera –mintió.

La mirada de Harold se fijó en la joven mujer que estaba rellenando los datos solicitados hacía escasos minutos. Su ensimismamiento solo se mantuvo algunos segundos.

–Le voy a confesar una cosa... –levantó la vista y se fijó en la tarjeta identificativa mientras seguía escribiendo– señor Harold. Necesito a otros hombres. Y los necesito en mi cama–. Las últimas palabras colearon en un susurro casi imperceptible para cualquier persona ajena a dicha conversación. Segunda mentira. Sin más dilación.

–Habitación 171, señora. Los mozos se encargarán de dejar su equipaje en unos minutos –le respondió Harold pasando por alto la última intervención de la joven.

Le dio unos pequeños papeles en los que se indicaban algunos de los servicios del hotel así como el horario de comidas, actividades y particularidades a tener en cuenta. Y la llave. Un armatoste impropio de un hotel de tal categoría. Una llave a la antigua usanza y de un color oscuro que, seguramente, habría visto demasiadas cosas durante su vida útil.

–Señora, solo comentarle que su habitación tiene un encanto particular –se aventuró a decir cuando la viuda Balfé se disponía a embocar el pasillo una vez terminado todo el papeleo–. No dispone de televisor, pues estamos en procesos de cambios y actualizaciones, pero sí tiene a su disposición una de las antigüedades más carismáticas del hotel: una radio. Se trata de una radio antigua iberia modelo cruzado. Es de los años cincuenta y ha pasado por distintos arreglos. Su calidad no será la mejor, pero ofrece mucha compañía.

Pseudónimo: Fèidh

La viuda Balfé levantó el brazo como gesto de aprobación a las últimas palabras del hombre pero sin ninguna intención de procesar dicha información.

La planta baja de lo que antaño había sido el pabellón de caza de los Atholl contaba actualmente con cuatro estancias principales y un precioso jardín central que comunicaba con los dos salones más grandes. Uno de ellos, el ubicado en el ala izquierda del hotel, se había reconvertido en un maravilloso comedor bellamente iluminado por los ventanales que daban al jardín a modo de claustro. La segunda sala que tenía comunicación con el jardín estaba reservada para actos, convenciones o cualquier evento similar. Sin embargo, tal y como especificaba en los papeles que Harold había entregado a la viuda Balfé a su llegada, dicha estancia se había convertido en un salón de baile que abría sus puertas todos los jueves. La decoración original guardaba entre sus paredes y techos la historia de los antiguos clanes escoceses así como múltiples ornamentos naturales y pinturas de caza.

Las dos últimas salas eran mucho más pequeñas y coincidían con la orientación de la fachada principal por la que hacía unos minutos había atravesado la señora Balfé. Una de ellas era un bar con mesas y sillas bajas y una barra de bar no muy grande. A pesar de contar con la luz natural que se colaba los días que el sol lo permitía, las paredes, el mobiliario y la iluminación artificial eran bastante lúgubres. La otra sala no estaba abierta al público, sino que eran dependencias internas del hotel, oficinas y zonas reservadas.

Los ascensores se encontraban en los extremos de la planta y para ellos el tiempo no había pasado. Eran pequeños cubículos perfectamente enmoquetados de un color vino tinto y con un espejo un tanto envejecido que llegaba a distorsionar un tanto a quien se reflejara en ellos. Tampoco contaban con puertas tradicionales. Unas rejas chirriasas y con bastante vida recorrida eran el único elemento que aportaba seguridad a dichos ascensores.

Un joven botones que estaba dentro del ascensor esperó a que Balfé indicara la planta y acto seguido pulsó el número tres. Con una sacudida brusca el ascensor comenzó a subir lentamente. Era curioso ver cómo la pared iba dando paso a la visión alargada de los pasillos del hotel. Finalmente, el habitáculo se detuvo y rebotó levemente.

Pseudónimo: Fèidh

La reestructuración y los cambios sucesivos que durante el siglo XIX y comienzos del XX había experimentado el edificio, sobre todo desde que se reformó para convertirse en hotel, habían convertido el lugar en una cápsula del tiempo. Las paredes estaban cubiertas por zócalos de media altura de madera para continuar después con paredes cubiertas de papel de color crema. La iluminación era realmente escasa y confería a dicho pasillo una profundidad mayor de la que parecía tener.

La viuda Balfe comenzó entonces a buscar entre las puertas el número 171. Sus pasos firmes se ahogaban en la moqueta, pero la velocidad de su grácil cuerpo hizo que rápidamente llegara a su destino. Una puerta antigua, con alguna decoración labrada y un picaporte muy usado le dieron la bienvenida. Metió la llave y giró suavemente a la derecha. Tuvo que hacer fuerza con el cuerpo en primera instancia, como si los goznes de la puerta se resistieran por alguna extraña razón. Pero finalmente cedieron.

Ante ella se abrió una estancia que aún conservaba la elegancia de tiempos pasados. No es que fuera una habitación excesivamente grande, pero sí lo suficiente para contar con una buena cama de matrimonio, una zona con un sofá y una mesa de cristal baja y un balcón que daba los jardines. En una de las repisas que había junto al sofá se encontraba la famosa radio.

En el borde de la cama había un pequeño sobre con el sello del hotel y dos pequeñas monedas de chocolate a modo de bienvenida. “Para que su estancia sea un paseo por el más allá” decía.

“Suficiente tengo con esta vida como para entretenerme con las del más allá” pensó en voz alta mientras colocaba la maleta sobre la cama para deshacer todo su equipaje.

—¿Es usted una mujer muy ocupada? —sonó una voz infantil a sus espaldas.

Con el ajetreo y la llegada, la señora Balfe se había dejado la puerta abierta y en el umbral se encontraba una niña de unos siete u ocho años. La viuda se dio la vuelta rápidamente, sorprendida por aquella pregunta que no esperaba encontrarse. Dejó sobre

Pseudónimo: Fèidh

la cama algunas de las prendas que llevaba consigo y se acercó a ella con una actitud escéptica y sorpresiva.

–La verdad es que sí. Mi trabajo me quita mucho tiempo y no puedo invertirlo en conversaciones con niñas pequeñas –le respondió mientras reposaba su brazo en la puerta con la firme intención de cerrársela en sus narices.

–Yo no soy una niña –respondió mientras esbozaba una sonrisa que dejaba entrever la falta de algunos de los dientes.

–¿Ah, no? –preguntó la señora Balfe con sorna. Ella le negó efusivamente.

Hubo un silencio incómodo que se rompió en el momento que la viuda se situó a su misma altura y, mirándola fijamente a aquellos pequeños ojos de color miel, le espetó secamente *“vuelve con tu padre y tu madre”*.

Ella la miraba de arriba abajo sin mediar palabra alguna, pero no se movía. De nuevo, la sonrisa en su rostro le confería un aura angelical, y su pequeño vestido de raso contribuía a que su silueta fuera totalmente inofensiva. La niña se adentró en el cuarto, observando con detenimiento toda la decoración que tenía hasta llegar a la cama. Después de unos segundos de vacilación cogió una de las chocolatinas y se la metió en el bolsillo. Sin mediar palabra volvió a mirar a la señora Balfe que se había quedado petrificada en la puerta y la sonrió. Después salió por la puerta y se perdió alegremente por el pasillo. No le dio mayor importancia al acontecimiento, a pesar de pensar constantemente cómo los padres podían dejar sueltos a pequeñas criaturas capaces de todo.

No tardó mucho en deshacer la maleta y colocar en el armario algunas de las prendas que le acompañarían durante su estancia en el Caronte. Pero sí dedicó unos minutos más de los esperados a sacar del fondo de la maleta un pequeño portadocumentos oscuro con las iniciales W.B. Acarició suavemente la superficie oscura y a los pocos segundos lo abrió. Sus ojos se deslizaron rápidamente en pequeños espasmos en lo que parecían copias de mensajes, correos electrónicos y alguna que otra correspondencia.

Pseudónimo: Fèidh

–Will... –pensó en voz alta–. Lamento todo lo que hiciste antaño. Pero esa fue tu propia tumba.

La viuda Balfe no tardó mucho en bajar a los salones principales para la cena. Fue entonces cuando se percató de la variedad de huéspedes que allí se alojaban. Desde parejas especialmente enamoradas hasta individuos totalmente solitarios que le hicieron imaginar a qué dedicarían su tiempo libre. Pero no aminoró su marcha decidida. Al sentarse a la mesa sabía perfectamente cuál iba a ser el objetivo número uno de aquella noche. Mientras saboreaba una copa de vino blanco posó su vista en un hombre que se sentó en una mesa a unos cuatro metros de distancia. Era alto y de complexión delgada, con el pelo largo y recogido en una bella coleta alta. La caída de su pelo permitía ver un sugerente tatuaje en el cuello y su piel pálida le confería un aire un tanto siniestro. Eso le ponía a la viuda Balfe. Y la cena se le hizo muy larga. El contacto visual entre ambos no tardó en producirse. Él se percató enseguida de la intención de la viuda, pero su actitud despreocupada y desenfadada la incitaba aún más. Fue él el primero en abandonar la cena y con un gesto casi imperceptible se dirigió hacia el bar.

Al llegar allí vio perfectamente cómo este hombre, de treinta y muchos años, se encontraba amarrado ya a una pequeña copa que parecía ser whisky. La viuda Balfe se mordió el labio inferior en una actitud completamente lujuriosa y a golpe de tacón se acercó a él.

–Hola –dijo de la manera más sugerente que pudo. El hombre, al verla llegar dio un pequeño sorbo a su copa y la miró de arriba abajo.

–Hola... –le respondió con una sonrisa burlona.

Ella se sentó entonces en uno de los taburetes y dejó un pequeño bolso de mano sobre la barra.

–Parece que ha venido a desconectarse del mundo, ¿no? –volvió a preguntar el hombre sin soltar su copa. –Sheridan. Irlandés –le tendió la mano.

–Balfe –contestó.

Pseudónimo: Fèidh

–¿Balfé? –se sorprendió el hombre–. ¿Acaso es usted irlandesa?

–Sí. Es mi apellido de soltera aunque mi marido era escocés–sentenció.

Sheridan paró un momento la conversación y la escudriñó con la mirada. Era cierto que la viuda Balfé se había limitado a contestar casi telegráficamente a cada una de las preguntas que le había formulado este desconocido irlandés. Pero ella no se había movido ni un ápice desde que se había sentado en el taburete y tampoco había apartado la mirada de su interlocutor.

–¿Una copa? –rompió finalmente el tenso silencio–. La invito.

Minutos después ambos desconocidos compartían más de una copa. La distancia física entre ambos se había reducido a escasos centímetros y la mano de Sheridan se había posado en repetidas ocasiones en las piernas cruzadas de la señora Balfé. La tercera y cuarta copa del irlandés se habían consumido con pasmosa rapidez pero la viuda todavía rondaba la primera. Las risas de uno y los movimientos de otra acompañaban un encuentro que se estaba fraguando según los intereses de la señora Balfé. Ella decidió entonces romper el último bastión de separación y se acercó posando sus labios en su oreja. Él se revolvió de manera inconsciente pero se quedó expectante.

–Vámonos a mi cuarto –le susurró lentamente–. Su mano se había posado en la pierna de Sheridan y con un jugueteo de dedos había terminado en su cinturón. Tiró suavemente de él y en un acto reflejo el irlandés se levantó de su taburete y con una agilidad felina cogió la copa y la vació de una tacada. El plato estaba servido. Él la seguía de manera voluntariosa y haciendo algún que otro esfuerzo por caminar erguido.

–¿Por qué no vamos a mi cuarto? Seguro que está mucho más cerca que el tuyo. Habitación 005 –dijo mientras tropezaba torpemente con la moqueta mientras esperaban el ascensor.

–No me gusta dormir en casa ajena –le respondió ella cuando entraban en el cubículo. Él se limitó a acercarse a cuello y besarlo con efusividad. Sus manos iban modelando

Pseudónimo: Fèidh

todo el cuerpo de la viuda que parecía darle luz verde en aquellas zonas que ella misma permitía.

–¿Sabes qué? –preguntó mientras sus labios rozaban las marcadas clavículas de la viuda–. Dicen que en este hotel hay fantasmas e historias tenebrosas... ¿a ti te dan miedo esas historietas? –preguntó mientras sus dedos se fundían con la larga melena oscura de la joven. Ella, por su parte, parecía estar disfrutando de los preliminares de su nuevo amigo y en su rostro se dibujaba una sonrisa malévola.

–Me aterra demasiado pensar que algún mal espíritu pueda condenar esta buena noche – se jactó la señora Balfe en tono burlón.

Ella sabía perfectamente cuál iba a ser la jugada maestra. El pobre Sheridan sería solo un entretenimiento dentro de su fragilidad.

El ascensor se detuvo en el sexto piso y ante ellos se abrió de nuevo esos pasillos alargados y en absoluta penumbra. El botones que estaba en el ascensor y que en todo momento se había mantenido al margen de lo que sucedía en el ascensor descorrió la reja y dejó frente a ellos un pasillo completamente lúgubre. Solo el tintineo de las lámparas de manera iridiscente se convertían en pequeños hitos dentro de la enorme longitud del mismo. Sheridan, que tenía cogida a Balfe por la cadera, se quedó observando el pasillo. La escena se congeló por unos segundos, como si lo que hubiera unos metros más allá lo estremeciera.

Superado este momento, ambos se fueron regalando y prodigando alguna que otra caricia y acercamiento en el transcurso del pasillo. El desenfreno de Sheridan se desencadenó poco antes de que la señora Balfe embocara el pasillo para ir a la habitación. Empujándola bruscamente contra la pared acercó su boca al lóbulo izquierdo para ir bajando rítmicamente por el cuello. Sus manos recorrían indistintamente la espalda desnuda del vestido para ir haciendo incursiones en sus pechos, perfectamente tersos bajo un sujetador al que le quedaban pocos asaltos.

Fue ella la que puso cierta cordura al separarlo bruscamente.

–Espérame aquí mientras voy a abrir la habitación –le dijo ella.

Pseudónimo: Fèidh

Él, jadeante entre la excitación del momento y el grado de embriaguez motivado por el whisky escocés, resopló mientras se apoyaba en la pared del pasillo.

Balfé se adentró en la oscuridad del largo recorrido. No serían más de tres o cuatro metros los que separaban a los dos nuevos amantes, pero sí lo suficiente para casi perderlo de vista. La oscuridad reinaba en el pasillo y el sonido ahogado de sus zapatos se zanjó en el momento en que vio una sonrisa angelical poco más allá de la puerta 171. La señora Balfé paró en seco. Su acto reflejo de introducir la llave se había desvanecido en el momento en que vio a la misma niña con la que ya había tenido un primer encuentro. Fue entonces cuando miró alternativamente a la pequeña y a Sheridan que se difuminaba unos metros más allá y que parecía estar totalmente al margen de lo que sucedía.

–¿Pero qué haces aquí? ¿Te has escapado y tienes a tus padres como locos buscándote por todo el hotel? –inquirió.

La niña no respondió. Solo sonría, expectante de una escena que Balfé no terminaba de comprender.

–Mira, niña. Tengo a un tío medio borracho a escasos metros de aquí y pienso tirármelo. Lamento que tengas que escuchar palabras tan feas siendo tan pequeña, pero lo que me sorprende es que estés aquí a estas alturas de la noche –la frase de la señora Balfé había aunado la indiferencia con la sorna. Quizá buscaba una frase impactante para hacer huir a la pequeña. Fue entonces cuando la niña respondió:

–Ya sabes lo que tienes que hacer. Lo he dejado todo preparado –ambas miradas se cruzaron en un punto invisible que captó profundamente la atención de la viuda–. Y hazlo bien. Llévalo a la extenuación. Y después...

El punto crítico de la conversación se vio interrumpido por la llegada de Sheridan. Llevaba la camisa desabotonada y se posó babosamente sobre el hombro de la viuda Balfé. Ella se zafó como pudo de él en un intento de terminar la frase que la niña le había dicho. Pero al volverse, en la penumbra del pasillo no vio a nadie.

–¿A quién esperabas? –escuchó a Sheridan en un tono jocosos y burlón.

Pseudónimo: Fèidh

–La niña que está aquí... –dejó la frase en alto en ademán de que el irlandés mirase.

–¿Qué niña? –se aventuró a preguntar.

La última instantánea que vio Balfé fueron los piecitos saltando alegremente por el pasillo.

Cerrando la puerta tras de sí se encaminó hacia Sheridan y lo empujó con brusquedad sobre la cama.

–Quédate ahí –sentenció mientras se dirigía hacia la repisa donde se encontraba la vieja radio.

Fue la primera vez que la encendió. Tomó el sintonizador y tras algunos intentos fallidos y reajustes al final consiguió que se oyera una melodía muy suave. El sonido no era nítido tal y como le había apuntado a su llegada Harold. Al contrario. Era un sonido monofónico que les transportaba a décadas pasadas. Era lo que ella necesitaba y quería. Solo necesitaba un instrumento más. Y parecía que alguien ya lo había preparado para ella.

La viuda Balfé entró al baño con la norma que le había dado la pequeña hacía pocos minutos. Se miró al espejo y vio en su rostro una expresión malévola, casi posesiva. Bajó la cabeza mientras apoyaba los brazos sobre el lavabo, intentando dar con una explicación coherente. Era como si una doble personalidad viviera dentro de ella; unas intenciones lujuriosas y psicópatas eran las dos únicas variables que su cabeza procesaba. Y fue al levantar la mirada cuando se percató de que cerca del lavabo había una pequeña jeringuilla. No pensó más.

Salió del baño con ella en la mano. Sheridan se incorporó instintivamente de la cama y se fue hacia ella para besarla irrefrenablemente. Bajaba por su pecho y, poco a poco, iba desprendiendo de su cuerpo el vestido que le había acompañado esa noche. La cogió vehementemente y la llevó a la cama. Desabrochó el sujetador y fue recorriendo sus pechos mientras Balfé no resistía ninguno de sus envites. El jadeo de Sheridan se iba

Pseudónimo: Fèidh

intensificando más, mientras ella se limitaba a seguir su ritmo y pautas. El aliento a alcohol y el sudor del irlandés se fundían con el perfume que Balfe desprendía por todo su cuerpo. Los asaltos se iban sucediendo mientras los amantes se consumían y las pulsaciones de Sheridan eran incontrolables.

En el momento en que la viuda abrió los ojos estos se posaron en la mesilla de noche, donde minutos antes había dejado disimuladamente la jeringuilla. En un movimiento que asemejaba el juego tan lascivo que mantenían cogió la jeringuilla y sin mediar palabra se la clavó en la espalda, próxima al cuello.

Sheridan ahogó un grito. La confusión lo inundó en los primeros instantes, pero pasados unos segundos comenzó a convulsionar de manera arrítmica.

La viuda se quitó de encima el cuerpo que no dejaba de moverse de manera involuntaria y lo observó durante unos minutos. Pasado este tiempo el cuerpo inerte del irlandés ocupaba gran parte de la cama. Ella, aún desnuda, se acercó y tomando parte del pelo que le tapaba la cara vio su rictus rígido. ¿Estaba muerto o solamente anestesiado?

En realidad le importó poco. Cogió el cuerpo de su amante y le dio la vuelta, con la intención de verlo en todo su esplendor. Lo escudriñó de arriba abajo. La impulsividad de los minutos previos se mantenían en él y ella, vacilando un instante, decidió finalmente cobrarse su presa. Poco a poco se colocó sobre Sheridan y con un suave contoneo de sus caderas comenzó a bailar rítmicamente. Mientras, su labios iban besando el rostro y el cuerpo inmóvil. Fue ese el único momento en que Balfe se percató de que la música seguía sonando.

“¿Dónde está?”. Ese fue el pensamiento de la viuda al abrir los ojos. No debían ser más de las cinco y media de la mañana cuando Balfe se despertó. Fuera era noche cerrada. Pero en su cuarto solo estaba ella. Ni rastro de Sheridan en la cama o en el baño. Ni siquiera en el pequeño sofá. Se levantó rápidamente. Tenía que buscar la jeringuilla. Debería estar por el suelo. Pero tampoco había rastro de ella. Como tampoco de la ropa que el irlandés había dejado desperdigada por la habitación. Se dirigió al baño con una mezcla de frustración e ira. Allí pareció revivir la escena de unas horas antes, cuando se

Pseudónimo: Fèidh

miró al espejo. En el mismo lugar en el que había tomado la jeringuilla encontró de nuevo dos pequeñas monedas de chocolate idénticas a las que tuvo el primer día junto a la nota de bienvenida.

Las tomó con suma delicadeza, como si de ellas se pudiera desprender algo maligno. No fue así. Jugueteadando con las chocolatinas se dirigió al balcón. Descorrió levemente la cortina para ver a través del cristal. Todo parecía muerto. Hasta que se percató de un pequeño minino que deambulaba por los jardines ajeno a lo que había sucedido en la 171. Parecía estar al acecho de algún pequeño roedor o animalillo que, seguramente, caería en sus garras. Balfé se mantuvo un tiempo más en la ventana esperando conocer el desenlace de la caza nocturna. Pero para su infortunio el gato no solo no se hizo con su supuesta presa sino que en un acto involuntario pareció percatarse de que tenía espectadores. En ese momento se cruzaron las miradas. La del gato descubrió dos ojos profundamente ambarinos. Ella volvió entonces a jugar con las dos monedas que tenía en su mano derecha. Las miró y se tomó una de ellas. El gato, por su parte, se zafó de la escena y desapareció entre los matorrales.

Cuando la viuda Balfé bajó a la mañana siguiente las escaleras para dirigirse a recepción nadie podría haber presagiado lo sucedido en horas previas. En el mostrador, el afable Harold se encontraba sellando algunos documentos. Cuando la vio acercarse dejó su actividad para atenderla:

–Buenos días, señora Balfé. ¿En qué puedo ayudarla?

–Quería saber si usted podría facilitarme información.

–¿Qué tipo de información exactamente? –se interesó mientras dejaba los papeles con los que estaba trasteando.

–Sobre un huésped en particular. Necesito saber si sigue aquí.

El recepcionista arqueó las cejas dejando ver cierta incertidumbre y sorpresa.

Pseudónimo: Fèidh

–Como comprenderá no podemos facilitar datos confidenciales de nuestros clientes –se excusó amablemente.

–Entonces dígame solo una cosa –se apresuró a decir la viuda Balfe cuando Harold ya había dado por zanjada la conversación. Este se volvió de nuevo hacia ella con un rictus diferente al que había mostrado hasta entonces.

–Habitación 005. Necesito saber si su huésped sigue alojándose aquí o se ha marchado.

Harold sostuvo la mirada unos segundos. Los suficientes para que a Balfe le recorriera por la espalda un pequeño escalofrío involuntario. Después se volteó hacia el armario donde se depositaban las llaves y afirmó con contundencia:

–La habitación 005 no está abierta al público desde hace meses, señora. De hecho las primeras cinco habitaciones del hotel están siendo reformadas y no se ofertan dentro de nuestro alojamiento.

Efectivamente, en el cajetín de las llaves estaban cinco objetos asociados a las primeras habitaciones del hotel. Ella escudriñó la mirada para comprobar la información que le acababan de dar y poder comprender algo de aquella situación tan confusa. *¿Le había mentido Sheridan? ¿Qué necesidad tenía?*

Harold se acercó hacia una de las estanterías y de ella tomó un pequeño folleto.

–Señora, le recomiendo que intente despejar un poco su mente y disfrute de la naturaleza que nos rodea –volvió a su tono afable, como si la conversación previa no hubiera tenido lugar–. Le aconsejo que realice alguna de las rutas y sendas que tenemos en *The Hermitage* o que haga una pequeña excursión a *Loch of the Lowes*. Allí podrá avistar numerosas aves, especies naturales y demás fauna.

Estas últimas palabras parecieron sacar del ensimismamiento a Balfe que fue insistente en este punto. Miraba atentamente a su interlocutor, pero su cabeza estaba en otro lugar. El porta documentos que había traído consigo. Los papeles de su difunto marido. Algo de lo que había dicho Harold aparecía en esos documentos que la habían traído hasta el Caronte.

Pseudónimo: Fèidh

Cogió los folletos con rapidez y el hombre del ojo blanco se despidió de ella. No le quitó la vista de encima hasta que la perdió por entre los pasillos de la planta baja. En un lapso de tiempo relativamente breve había conseguido desviar el interés de la inquilina. Y ese era exactamente el objetivo que tenía.

Balfé no tardó mucho en ponerse en camino. Había subido a su cuarto con dos objetivos. Aunque uno de ellos se había truncado y no sabía dónde o cómo había desaparecido Sheridan el otro había cobrado fuerza sin tan siquiera buscarlo. La muerte de su marido fue un hecho tan impactante que cuando descubrió información sobre una infidelidad y una supuesta amante con la que se citaba en el Caronte todo se había desmoronado. Conversaciones de móvil y a través de redes sociales habían salido a la luz en una penitencia que la viuda había sobrellevado sin más dilación. El punto de encuentro entre su pasado y su presente se encontraba entre aquellos parajes donde su marido había pasado tiempo con otra mujer mientras la mentía diciéndole que todo eran reuniones de trabajo, acuerdos y fusiones. “*Una mierda trabajo*” se repetía insistentemente. Había pasado más de seis meses conviviendo con dos mujeres. Pero su actividad, bien por unos hechos o por otros, había salido a la luz. Facturas pendientes de ser pagadas, pagos de tarjetas en momentos y lugares concretos, conceptos de transferencias absurdos. Balfé los había ido recopilando cuidadosamente a lo largo de los últimos meses, con el firme convencimiento de llegar hasta el origen de esta infidelidad. Necesitaba cerrar heridas completas para poder continuar su vida. Y no todo por desolación; también por orgullo y altanería.

Estaba claro que el nombre de *Loch of the Lowes* figuraba entre algunos de los mensajes que se había prodigado con su amante. Una relación paralela y secreta que siempre le llevaba a los mismos lugares, los alrededores de Dunkeld y más concretamente al Caronte. Tomó algunas de sus pertenencias para adentrarse en los parajes escoceses y conocer de primera mano todo lo que su marido había vivido meses atrás.

La mañana transcurrió sin ningún sobresalto bajo un cielo gris encapotado que anunciaba tormenta. El día se oscurecía por momentos y el paseo que Balfé dio desde el pequeño pueblo de Dunkeld hasta el lago fue un agradable momento de desconexión y reflexión sobre lo que había vivido en las últimas veinticuatro horas: su marido y su pasado y Sheridan. El paraje del lago era realmente fantasmal. A pesar de ser un centro

Pseudónimo: Fèidh

de avistamiento y observación de aves, la niebla tan baja y el cielo tan oscuro convertían aquel espacio natural en un abismo hacia el más allá. Las aguas se habían vuelto de un gris muy oscuro, casi negro y el viento comenzaba a levantarse. El frío se había instalado en su rostro, haciendo que un color rojizo hiciera su aparición en sus mejillas y nariz. Solo se había detenido a fotografiar algunas instantáneas que seguramente le serían útiles en cualquier otro momento.

No había descubierto nada especial en aquellos parajes que se repetían en conversaciones y mensajes de Whatsapp. ¿Qué estaba buscando la viuda Balfé exactamente? ¿Simplemente recrear los momentos que su marido había pasado con otra mujer para poder continuar después con su vida?

No le quiso dar más vueltas y viendo que el cielo cada vez estaba más cargado decidió volver antes de que le pillara la tormenta. El agradable paseo se tornó en todo un reto cuando las pequeñas gotas se convirtieron en una auténtica cortina de agua. Su abrigo y la capucha estaban totalmente empapadas. La senda que comunicaba el lago con el pueblo era incapaz de chupar toda el agua y los primeros charcos comenzaron a formarse. Balfé era incapaz de ver más allá de un metro. Lo que más le preocupaba era que los papeles que llevaba consigo, su cámara y demás objetos terminaran calados e inservibles.

Fue a pocos metros de la entrada de Dunkeld cuando Balfé escudriñó la mirada y paró en seco. Su cuerpo y sus ropas rebosaban agua por todas partes. Al principio no sabía qué objeto era o si se trataba de algún animal perdido que se hubiera aposentado en mitad del camino. Su cara, sin embargo, cambió rápidamente cuando vio una figura infantil completamente mojada.

La misma niña rubia que la noche anterior. Los mechones de pelo rubio se habían pegado a su cara y por allí jugueteaban las gotas de agua. Llevaba puesto el mismo vestido que la noche anterior, pero la tormenta lo había oscurecido sensiblemente. No parecía que la lluvia le importara mucho. Solo miraba a Balfé fijamente. Su rictus se transformó en el instante en que las miradas se cruzaron. La niña volvió a esbozar esa sonrisa malévola.

Balfé se acercó a ella y haciendo un gran esfuerzo por la cantidad de agua que caía le preguntó:

Pseudónimo: Fèidh

–¿Qué haces aquí? ¿Quién diablos eres?

La niña solo encogió sus hombros. Ejecutó el mismo procedimiento que en el primer encuentro y la escudriñó de arriba abajo sin perder esa sonrisa que provocaba en la viuda un nerviosismo irritante.

–Te esperan –fueron las palabras que finalmente brotaron de la pequeña.

–¿Cómo? ¿Quiénes me esperan? –preguntó rápidamente.

–El óbolo de Caronte.

Balfé la miró de nuevo. En su rostro se mezclaron distintas emociones en un intento de comprender qué le estaba diciendo.

La niña, impertérrita, echó mano a su bolsillo y sacó una nueva moneda de chocolate. Abrió delicadamente el papel que envolvía el cacao y le dio un mordisco. Sin mediar palabra alguna giró sobre sus talones y se marchó andando. Pocos segundos después, su figura se fue difuminando vagamente entre la lluvia hasta perderla de vista.

Balfé no salía de su asombro, pero sí pareció salir de ese aletargamiento que había tenido durante la conversación. Se había dado cuenta que cada vez que interactuaba con la pequeña su mundo externo desaparecía. Se convertía en una nebulosa y solo quedaban las dos. Su voluntad cedía ante la niña en un acto de sumisión que ella misma era incapaz de controlar.

A su llegada a la recepción, Harold se quedó petrificado al verla llegar en aquellas condiciones. Algunos huéspedes habían decidido deambular por las estancias comunes o tomarse algo en el bar ante el mal día que se había tornado, pero todos ellos fijaron su mirada en la joven.

–Pero señora Balfé...

Pseudónimo: Fèidh

–Necesito que me solucione otra cuestión, señor Harold –sentenció mientras las gotitas caían sobre el mostrador.– Me gustaría poner una reclamación por las molestias que la hija de unos huéspedes me está ocasionando.

–¿La hija de unos clientes? –preguntó sorprendido Harold.

–Desde el mismo momento de mi llegada he tenido algún encontronazo con la niña y me gustaría reflejar mi descontento por ello.

–Pero señora, este hotel es solo para adultos.– señaló con su dedo a una pegatina en la que aparecía un claro *Adults Only*– desde que reabrimos hace tiempo el hotel se centra en un tipo particular de clientes. No alojamos familias con niños pequeños.

La cara de Balfé se tornó en sorpresa, pero quería reafirmarse en su teoría.

–Señor Harold, le digo que he tenido conversaciones con una niña de unos siete años, con el pelo rubio y un precioso vestido de raso.

–Y yo le digo, señora Balfé, que el tipo de cliente que alojamos en nuestro hotel no es menor de dieciocho años. Lo que me dice es completamente imposible.

Subió a su cuarto para tomar un baño caliente. Dejó a un lado toda la ropa y abrió los grifos de la bañera. Para mayor desolación, cuando sacó el porta documentos, este también estaba mojado así como los papeles que lo completaban.

“¿*Qué me está pasando?*” era el único pensamiento que repiqueteaba incesante en la mente de la viuda.

Se sumergió en el agua caliente de la bañera y todo su cuerpo pareció desentumecerse después de la mañana tan aciaga que había pasado. Se intentó relajar y reposó su cabeza en una toalla a modo de toalla y cerró los ojos. Solo se escuchaba el tintineo de las gotitas en el cristal de la habitación, pero todo lo demás parecía un remanso de paz. El primero desde que había llegado. Después de estos primeros minutos de relajación abrió

Pseudónimo: Fèidh

sus ojos y se percató que, al igual que la noche anterior, quedaba una moneda de las dos que habían dejado. Se irguió para cogerla y contemplarla detenidamente.

En el envoltorio de la chocolatina aparecía un animal que bien podría ser un león o gato, pero estaba segura de que se trataba de un felino. Rodeándolo aparecía la inscripción “óbolo de Caronte”.

Balfe abrió considerablemente sus ojos al leerlo. Se revolvió dentro de la bañera para salir y parte del agua cayó al suelo. Tomó una toalla próxima para secarse y se vistió con lo primero que pilló en el armario.

Todavía con el pelo mojado bajó de nuevo a recepción. Al llegar allí no vio a Harold. En su lugar estaba un joven de no más de treinta años.

–Disculpe, ¿el señor Harold? –preguntó inquisitivamente.

–Ha terminado su turno, señora. ¿Qué necesita? –contestó amablemente.

–Hablar con él.

–No creo que sea posible, señora. Pero me reafirmo en que si necesita algo, podría ayudarla –dijo finalmente el joven.

La viuda se mordió el labio inferior en un acto dicotómico entre marcharse o preguntarle al recepcionista. Finalmente optó por lo segundo.

–Está bien. ¿Podría usted decirme qué es esto? –posó sobre el mostrador la moneda.

–Es un pequeño obsequio que hacemos a nuestros huéspedes. Todos los días, al hacer las habitaciones el personal de limpieza deja dos pequeñas chocolatinas –el tono optimista del recepcionista distaba muchísimo de las ansias de información que necesitaba Balfe.

–No me refiero a eso, sino a la decoración de la moneda. ¿Tiene algún significado? ¿O es una simple impresión aleatoria? –ella esperaba escuchar lo segundo, sobre todo

Pseudónimo: Fèidh

después del comentario que le había hecho la niña en el camino de vuelta aquella misma mañana.

El recepcionista tomó la moneda en su mano y la observó detenidamente. La yema de sus dedos rozó el bajorrelieve impreso y al cabo de unos segundos sonrió.

–En efecto. Es una de las muchas historias y leyendas que dan a este hotel un halo de misterio –volvió a sonreír mientras le devolvía la moneda a Balfé. El recepcionista no parecía entender muy bien qué era todo aquello.

–Cuéntemela –le dijo ella mientras reposaba sus brazos en el mostrador.

–Como usted sabrá este hotel fue en su origen un pabellón de caza de los duques de Atholl, pertenecientes al Clan Murray. Desde finales del siglo XIX los duques decidieron que todo lo que habían construido, parajes de *The Hermitage* incluido, debían verse recompensados así que cedieron la explotación del pabellón y se convirtió en un hotel. En sus inicios fueron muchos los intelectuales y personas ilustres que hicieron parada en el Caronte. Hasta la década de los veinte –hizo una pausa prolongada y se acercó hacia mí para susurrar y darle más empaque a su historia –y aquí es donde comienza la leyenda. Parece ser que durante algunos inviernos se congregaban en el hotel un grupo de hombres y mujeres que se hacían llamar el óbolo de Caronte. Un grupo de estudio decían. Cuando se produjo la muerte de Sir Johan MacLennan en el hotel, un diplomático irlandés muy reconocido a principios de siglo, la dirección del hotel achacó su fallecimiento a diversos “rituales” que este grupo había realizado aquí. Como comprenderá, la noticia corrió como la pólvora y la fama del Caronte cayó en picado. Después de algunas décadas cerrado, el hotel reabrió con la necesidad de convertirse de nuevo en un referente en el mundo de la hostelería.

–¿Y por qué decidieron poner el nombre de Caronte al hotel si fue precisamente ese supuesto grupo el que propició su cierre y su ruina? –preguntó la viuda sin comprenderlo muy bien.

–Ahí estaba el reclamo turístico. Pasado un tiempo prudente, el escándalo se convirtió en leyenda y los relatos que se sucedían hicieron cambiar las tornas –dijo el

Pseudónimo: Fèidh

repcionista en un tono eufórico que iba en aumento.— Es por ello que vieron un filón en el cambio de nombre y se apostó por ello. Así fue como se reabrió el hotel después de casi cuatro décadas abandonado. Pero, eso sí, durante todo ese tiempo las historias sobre la muerte de MacLennan y de la famosa secta cobraban vida entre las paredes y pasillos del hotel. Lo normal... qué le voy a contar.

—¿Y en algún momento se ratificó la existencia de dicha secta? —volvió a preguntar Balfé.

—No. Como le digo, nadie pudo probar que ese grupo fuera en realidad una secta o que la muerte de MacLennan estuviera vinculada con ellos. Una mera coincidencia. Una enfermedad, un infarto... váyase usted a saber. Pero todo ello ha convertido al Caronte en lo que es. Y a los que trabajamos en él nos enorgullece poder compartir con nuestros huéspedes la “misteriosa historia” del hotel. A raíz de todo ello, se decidió hacer un guiño a estas historias con las monedas de chocolate. Un recuerdo a Caronte y sus paseos por el inframundo.

La conversación se cerró sin que Balfé pudiera atar cabos. La única información con la que contaba era la relación entre las monedas y la información que la niña le había dado. Pero, ¿qué más?. Subió hasta su cuarto sin ningún tipo de ánimo. Al abrir la puerta notó que la ventana estaba abierta. ¿La había dejado así cuando había bajado a recepción? Estaba segura de que no.

Entró sutilmente, como esperando encontrarse a alguien, pero lo que vio fue un desorden monumental. Habían vaciado el armario, la maleta estaba desperdigada por el cuarto y la cama deshecha. Balfé entornó los ojos como queriendo escudriñar más allá, pero se dio de bruces con la realidad que estaba presenciando.

Se acercó al baño donde había luz. Ella era consciente de haber dejado la habitación a oscuras cuando se marchó, pero este segundo hecho le confirmaba que alguien había entrado allí. Empujó levemente la puerta. Esta chirrió. Y posó su mirada en el espejo. En el cristal había una pintada con lo que parecía ser pintalabios: “*Ossian’s Cave*”.

—Llegas tarde —una voz sonó tras ella.

Pseudónimo: Fèidh

Balfe se giró rápidamente. Allí estaba. De nuevo. Como si la lluvia de hace unas horas no hubiera repercutido en ella. El nerviosismo se adueñó de la viuda y un escalofrío le recorrió el cuerpo. Las manos le sudaban y un soberano dolor de cabeza se adueñó de ella.

–¿Quién demonios eres? ¿Qué buscas o qué quieres? –le respondió gritando.

–Llegas tarde –fue la contestación.

Se quedó mirándola atónita, con los ojos medio desorbitados buscando una explicación lógica. Una pequeña lágrima empezó a corretear por su mejilla, impotente ante lo que estaba viviendo.

–Te repito, ¿quién eres y qué quieres de mí? –se armó de valor para armar de nuevo la pregunta.

La niña vaciló. La miró con la misma indiscreción que miran las aves moviendo espasmódicamente su cabeza ante un desconocido. Se acercó a ella y le susurró:

–Soy tú. Estoy en tu cabeza y te quiero muerta.

La distancia que las separaba era de escasos centímetros, pero Balfe, al escuchar aquellas palabras, se separó bruscamente y cayó cerca de la bañera, dándose un fuerte golpe en la nuca. El baño comenzó a darle vueltas y lo último que vio fue la silueta de la niña recortada por las pequeñas luces del baño. Después, todo se volvió oscuro.

Al volver en sí, un cúmulo de percepciones se agolparon bruscamente. Lo primero que percibió fue el sonido del agua correr. Como si un pequeño torrente no muy lejos de donde ella se encontraba pasara incesante en todo momento. Intentó abrir sus ojos, pero el dolor de cabeza, y especialmente su nuca, le hicieron recordar la última instantánea en el baño del Caronte.

Pseudónimo: Fèidh

Al posar su mano sobre la fría superficie supo que no se encontraba en su cuarto. Algo rugoso y húmedo reposaba bajo su cuerpo. Pestañeó un par de veces, pero la oscuridad del espacio era soberana. Intentó incorporarse y con cierto esfuerzo consiguió ponerse en pie. A su alrededor, lo que parecía una estancia circular solo contaba con alguna que otra antorcha que sobrevivía a las bocanadas de aire de lo que parecía ser una cueva. Alguien le había llevado, inconsciente, hasta la cueva de Ossian.

–Bienvenida, señora Balfé –una voz masculina profanó aquel lugar.

La viuda miró en derredor para conocer el origen del sonido. Hasta que se encontró con una cara conocida.

–¡Señor Harold! ¡Qué alegría me da verlo! –exclamó.

Iba perfectamente trajeado, como la primera vez que se vieron, pero consigo traía algo más. El pequeño gato que había vislumbrado en los jardines la noche que había pasado con Sheridan.

–Le presento a *Banshee* –dijo por el gato.– Seguramente usted conozca el significado de este nombre al tener apellido irlandés.

–En efecto –respondió Balfé que no sabía a cuento de qué venía aquella pregunta. Su rictus se tornó oscuro.

–Perfecto. Entonces, solo le diré que aquí, entre mis manos, tengo a uno de esos ángeles caídos. Una de las deidades que anuncian las próximas muertes –el tono afable que Harold había mostrado anteriormente había dado paso a un sonido gutural y seco.

Al momento, de las penumbras de la cueva aparecieron unas cuantas siluetas de hombres y mujeres, todos ellos trajeados como los trabajadores del hotel portando el pequeño símbolo del gato con dos pintitas que la viuda Balfé vio al comienzo de su estancia. Pero su corazón se paró cuando vio entre las figuras al chico con el que había conversado animadamente en recepción sobre el origen de las monedas. Su sonrisa era totalmente distinta a la que le había prodigado anteriormente.

Pseudónimo: Fèidh

Una última luz acompañaba a dos individuos que portaban lo que parecía ser una camilla con el cuerpo de una persona. “*Sheridan*” pensó al instante. Y depositaron al irlandés a los pies de Harold.

–Gracias por todo su trabajo –dijo Harold mientras dejaba en el suelo al gato negro. Este se acercó al cuerpo inerte de Sheridan y comenzó a maullar desconsoladamente. El viejo de recepción pareció no darle importancia y se acercó hasta mí.

–Vamos a completar lo que ya se inició hace años para cerrar así el Óbolo de Caronte.

–¿Qué es esto y por qué me quieres a mí? –fueron las palabras atropelladas que salieron de la boca de la viuda.

–¿Todavía no ha caído en la cuenta de lo que te sucede? –preguntó sorprendido Harold.– ¿No ha conseguido saber quién es esa niña que le acompaña constantemente y que solo usted ve? ¿O con quién tuvo una aventura su marido? Quizá lo mejor es que se lo diga él.

La mirada de terror de Balfé lo decía todo. Los pensamientos se sucedían con tal vertiginosidad que era incapaz de procesar lo que sucedía. Su corazón parecía salirse de su pecho y estaba perlada de sudor. Cuando terminó de escuchar las palabras de Harold hincó sus rodillas en el suelo. Era incapaz de mantenerse en pie.

–Cariño –escuchó una voz masculina.– Hola, cariño. ¿Cómo estás?

La silueta de un hombre de cerca de cuarenta años salió de la oscuridad, se acercó hasta Balfé y posó su mano en el hombro. Ella, al levantar la cabeza, comenzó a gritar:

–¡Will! ¡Tú estás muerto! ¡Muerto! Yo misma vi el momento en que cerraron tu ataúd y te enterraron. ¿Qué es esto? –vociferó mientras miraba fijamente a Harold.

–Su marido no ha estado nunca muerto –sentenció.– Al contrario. Gracias a él la tenemos a usted aquí. Y gracias a él, como le decía, cerraremos el óbolo de Caronte.

Pseudónimo: Fèidh

Para ello necesitábamos dos cuerpos, el de un hombre y una mujer. Ambos irlandeses y con ascendencia MacLennan. Y gracias al señor Sheridan esa parte ya la teníamos con nosotros. Usted y su enfermedad hicieron gran parte del trabajo. Solo quedaba usted. Los augurios de nuestra *Banshee* –hizo una pausa para dirigirse de nuevo al gato – dictaminaron su presencia en el momento en que su marido entró a formar parte del óbolo.

–¿Mi marido formaba parte de una secta? –preguntó alarmada al tiempo que le dirigía una mirada furtiva al hombre que todavía estaba a su lado.– ¿Y me está diciendo que mi marido me ofrece como sacrificio a un espíritu? ¡Mi marido está muerto! Y yo no padezco enfermedad alguna.

Harold no se pronunció. Simplemente ladeó la cabeza y acto seguido Will cogió fuertemente a su mujer del brazo y la amordazó. Ató sus pies y sus manos para que no se pudiera mover y la desnudó por completo.

Otros de los individuos hicieron lo mismo con Sheridan. En el centro de la sala dos reclinatorios hacían presagiar el final al que estaban abocados. Cogiendo fuertemente los dos cuerpos, los posaron allí. Balfe intentaba zafarse de la situación pero la fuerza que imprimía su marido no se lo permitía.

–Quédate quieta o no podremos cerrar el óbolo –le dijo dentro del forcejeo.– Vamos a acabar de una vez con tu sufrimiento.

Al momento, ambos cuerpos estaban arrodillados frente a frente. El de Sheridan, ya muerto, lo sujetaban dos hombres. La señora Balfe, por su parte, se erguía autónomamente. Un golpe de tambor comenzó a sonar periódicamente. Will se acercó en última instancia hacia la que había sido su mujer y, antes de comenzar lo que parecía el ritual del cierre del óbolo le susurró:

–Ni niñas, ni maridos muertos ni nada por el estilo... –dijo mientras besaba su hombro desnudo.– Lo tuyo tiene un nombre muy claro: esquizofrenia paranoide.

Y la pérdida de una paciente psiquiátrica no significará mucho. Un suicidio, una muerte fortuita después de un brote... llámalo como quieras. Será sencillo de defender en caso

Pseudónimo: Fèidh

de que encuentren tu cuerpo. Porque... ¿quién iba a saber si la habitación 171 tuvo alguna inquilina durante ese tiempo? Que tu mente y tu cabeza descansen en paz.

Ella se giró para intentar ver la cara de su marido. Él hizo una mueca con su boca, se acuclilló, levantó el pañuelo que tenía en la boca y le dio un beso. Un último beso. Después, de su bolsillo sacó dos monedas. Estas no eran de chocolate, aunque sí mantenían el mismo diseño que las que había tenido en el hotel. Se la metió en la boca y bajó el pañuelo. Hizo lo mismo con Sheridan, aunque este no se revolvió. Tras ello se levantó y dio unos cuantos pasos hacia atrás.

Entonces, el gato negro de bellos ojos ambarinos maulló. El sonido reverberó en las paredes de la cueva y lo que era un sonido felino se convirtió en un grito espectral que daba el pistoletazo de salida a aquel ritual.

Harold desenfundó un puñal y al mismo ritmo que el golpeteo del tambor se acercó a ella.

–Feliz estancia en el más allá –le dijo.

Justo las mismas palabras que leyó en la tarjeta de bienvenida al Caronte.